

La sangre fluye con la sobriedad de lluvia en los tejados, lenta, acompasada... El rítmico ulular sanguíneo procede de un brazo casi adolescente, y se aloja en otra vena gastada por los años y las grietas. Ese crepitar de glóbulos rojos y neutrófilos de un cuerpo a otro es una especie de baile mágico para ensanchar la vida a un organismo mustio, contrito, desde un ser, todo bondad y juventud, que ha asumido su propio riesgo más allá de cualquier dimensión humana.

Aquella sala de urgencias respira como un hervidero de almas extenuadas y cuerpos rotos. Un accidente múltiple, muchos heridos y la carencia de plasma para transfundir provocan el terrible caos en ese hospital de provincia.

Una joven enfermera no dudó en colocar su propia hemoglobina al servicio de *ese* accidentado muy grave, que hubiese muerto sin falta, de no haber recibido de inmediato el fluido vital. El equipo médico rechazó al principio el ofrecimiento de Aurora. Llevaba casi un día entero de guardia, en vigilia severa, soñolienta y mal alimentada.

—¿Alguien aquí y ahora es del grupo AB? —recalcó con voz de adulto desde sus veintiún años, y la inmensa carga de ser una simple auxiliar de enfermería en prácticas.

La luz olía a silencio como si aquellas palabras fuesen un réquiem en do menor, iluminada por la profunda oscuridad que siempre precede a la muerte ¿o la sucede? El hombre ensangrentado se quedaba sin tiempo y sin opciones. Y ellos también. Entonces ensamblaron los tubos para unir aquel juvenil brazo a la vena del herido ya en los umbrales de la muerte.

Antes de recibir el aguijonazo, Aurora resultó directa casi hasta el insulto. «Jamás le digáis quién es la donante». El veterano colega que esterilizaba su brazo interpretó las siete palabras como punzadas de extenuación o quizás delirios oníricos de la joven aprendiz. El curtido enfermero asintió cortés a la orden proferida con autoridad castrense. «¡Prometedlo!».

La sala de lo civil del tribunal provincial ha emitido su veredicto. De ser roto el mandato, el caso será remitido a lo sala de lo penal. Un hombre enjuto, de rostro ajado por la vida recibe por sentencia aquella orden perentoria, irrecurrible. Su mujer le denunció tras múltiples eventos de violencia, con severas secuelas fisiológicas, y otras mentales y emocionales.

Tan pronto abandona los jugados, el sentenciado se dirige al hogar de su joven cuñada que aún convive con los padres. La muchacha se encuentra sola en casa y rechaza brindar la información requerida por el hombre sobre el paradero de su hermana, a pesar de las múltiples solicitudes de él por solo “querer hablar” con su –todavía– esposa.

—¿No te basta con la orden de alejamiento?

Él interpreta la pregunta como una amenaza y, sin mediar más palabras, arremete contra la anfitriona, que no esperaba tan violenta reacción.

Siempre hay una imagen para cada silencio. Y aquella agresión física y la violación de domicilio, culmina con una nueva orden de alejamiento. En ese caso de su cuñada.

Han terminado de trasfundir y la joven enfermera guarda descanso. Cuando concluye el turno de guardia, todo el personal médico conoce su proeza. Solo ella conserva el rostro sombrío y el alma en vilo. Para sus colegas resulta todo un síntoma de agotamiento extremo, y tanto, que en las próximas cuatro jornadas no acude a las prácticas.

«Cuando reciba el alta ese paciente, me avisáis», escuchan como única respuesta a sus constantes demandas. Enfermera entregada, muy despierta y ahora la estiman como a una heroína en toda regla.

Si ya les parece inusual no revelar su nombre como donante, más extraño resulta su deseo expreso por no encontrarse con la persona a la que salvó la vida.

Aurora cumple su parte de lo acordado en los juzgados. «Orden de alejamiento», aunque sea el cuñado, doblemente agresor, quien deba permanecer alejado de su antiguas víctimas. Deben mediar al menos quinientos metros. Ella le identificó entre los heridos graves en urgencias, y de ahí al quirófano, sin vacilar y cumplimiento el juramento hipocrático, ofreció su propia sangre para devolverle la vida al victimario.

Meses después, un hombre con brazo escayolado, parche en un ojo y calzando muletas, trastabilla hacia un apartamento. Toca la puerta con toda la vergüenza que le permite su pudor. En el umbral dos rostros se observan con fijeza. Él carece de palabras para manifestar todas sus disculpas, sabe que le devolvió con pura bondad toda la violencia cobijada en su alma marchita. Lo admite frente a los ojos del ser que le insufló más tiempo a su vida. Se reconoce indigno, mientras la sangre de Aurora todavía fluye por sus venas con la misma sobriedad de lluvia en los tejados, lenta, acompasada...